

UN CARTUJO

**EL MISTERIO
DE LA
VIDA CARTUJANA**

**17ª EDICIÓN
1998**

El siguiente trabajo es la traducción española de la cuarta parte del libro « **La Grande Chartreuse** », escrito por **Un Chartreux**; 17ª Edición francesa, 1998; págs. 85-108

EL MISTERIO DE LA VIDA CARTUJANA

1. UNA VIDA SOLITARIA

SEPARACIÓN DEL MUNDO

Los primeros monjes de Cartuja “seguían la luz del oriente, la de aquellos antiguos monjes que, caliente aún en sus corazones el recuerdo de la Sangre recién derramada por el Señor, llenaron los desiertos para dedicarse a la soledad y la pobreza de espíritu. Por consiguiente, los monjes del claustro, que siguen este mismo camino, conviene que vivan como ellos en yermos suficientemente alejados de toda vivienda humana, y en celdas libres de todo ruido, tanto del mundo como de la misma Casa; sobre todo, que permanezcan ajenos a los rumores del siglo”.¹

Según la tradición de los Padres del desierto, la búsqueda de la unión con Dios, de la manera más estrecha posible, requiere normalmente la separación del mundo. La paz exterior de la soledad protege la paz interior del corazón. También el monasterio se construye lejos de las viviendas, cada monje viviendo solo en la celda en el interior del recinto y absteniéndose de todo ministerio fuera del de la oración. Es para el cartujo una exigencia fuertemente expresada en sus Estatutos: “Como nuestro Instituto está ordenado enteramente a la contemplación, hemos de guardar fidelísimamente nuestra separación del mundo. Estamos, por tanto, exentos de todo ministerio pastoral, por mucho que urjan las necesidades del apostolado activo, a fin de cumplir nuestra propia misión dentro del Cuerpo Místico”.²

Guigo, el monje a quien el Espíritu confió la misión de redactar las primeras leyes de los cartujos, ha celebrado, siguiendo a todos los Padres, las riquezas espirituales ofrecidas al solitario: “Ya sabéis cómo en el Antiguo y, sobre todo, en el Nuevo Testamento, casi todos los más profundos y sublimes misterios fueron revelados a los siervos de Dios no entre el tumulto de las muchedumbres, sino estando a solas, y cómo los mismos siervos de Dios, cuando querían sumirse en una meditación más profunda, o dedicarse a la oración con más

¹ Estatutos de la Orden Cartujana 2,1 y 11.2.

² Ibidem, 3,9. Estas frases de los Estatutos se inspiran directamente de textos del Concilio Vaticano II: Decreto sobre la vida religiosa (*Perfectae Caritatis*) n° 7; Decreto sobre el ministerio de los obispos (*Christus Dominus*) n° 35,1.

libertad, o enajenarse de las cosas terrenas por la elevación del alma, casi siempre se apartaban del ruido de las muchedumbres y buscaban las ventajas de la soledad [...]. Considerad vosotros mismos cuánto aprovecharon en su espíritu en la soledad los santos y venerables padres, Pablo, Antonio, Hilarión, Benito, y tantos otros innumerables, y comprobaréis que la suavidad de la salmodia, el amor por la lectura, el fervor de la oración, la profundidad de la meditación, la elevación de la contemplación y el bautismo de las lágrimas con nada se pueden favorecer tanto como con la soledad”.³

ÉXODO AL DESIERTO

“Dejar el mundo para consagrarse en la soledad a una oración más intensa, no es otra cosa que una manera particular de expresar el misterio pascual de Cristo, que es una muerte para una resurrección”.⁴

La Sagrada Escritura presenta el Éxodo a través del desierto como el acontecimiento mayor de la historia de Israel. Bajo la guía de Moisés, los Hebreos son sacados de Egipto; después de haber atravesado el Mar Rojo, han vivido 40 años en el desierto. Las pruebas no les han faltado, pero, en el corazón del desierto, en el Sinaí, Dios se ha manifestado de manera extraordinaria y ha sellado una alianza con ellos.

Los Padres de la Iglesia y todos los monjes han visto en este Éxodo una prefiguración del itinerario místico del hombre en búsqueda de Dios.

A los cartujos, Guigo les ha recordado, en el “Elogio de la vida solitaria”, el ejemplo de los grandes contemplativos de la Biblia que, en la soledad, han vivido el misterio del encuentro con Dios: Jacob, que luchó solo con el Ángel y recibió la gracia de un nombre mejor; Elías, que vivió largo tiempo escondido en un barranco y caminó 40 días y 40 noches hasta el Horeb, el monte donde Dios se le manifestó en una ligera brisa; Eliseo, que gustaba de retirarse para orar en el piso alto preparado por la Sunamita; Juan Bautista sobre todo es considerado como el patrón de los eremitas.⁵

³ Ibidem, 2, 3 y 11.

⁴ Instrucción *Venite seorsum* sobre la vida contemplativa y la clausura de las monjas, 15 agosto 1969, I.

⁵ Jacob (Gén 32, 24-32); Elías (1 Re 17, 2-6; 19, 3-14); Eliseo (2 Re 4, 8-11); Juan Bautista (Lc 1, 80); cf. Costumbres de Cartuja 80, 10.

Jesús mismo ha buscado la soledad: sobre todo, después de su bautismo, fue conducido al desierto por el Espíritu Santo; en muchos episodios del Evangelio, deja la muchedumbre y se retira solo a la montaña para orar; un día invita a sus apóstoles a retirarse a un lugar solitario; al final, solo sobre la cruz, abandonado de todos, se ofrece al Padre por la salvación del mundo.⁶

Siguiendo a Cristo al desierto, el monje participa del misterio que le lleva al seno del Padre en Cristo crucificado y resucitado de los muertos. En su soledad realiza un verdadero Éxodo espiritual donde, de la muerte surge una vida nueva.

SOLEDAD DE LA CELDA

Para el cartujo, la clausura en que se halla encerrado el monasterio, es el signo visible de su alejamiento del mundo. Fuera del espaciamento semanal el monje no está autorizado a salir de la casa, salvo en raros casos y por una necesidad real. El prior de La Gran Cartuja mismo, aun siendo el superior general de la Orden, no sale jamás de los límites de su yermo.

Sin embargo, es sobre todo en el secreto de su celda donde los padres viven su vocación de soledad; los hermanos viven en parte en la celda y en parte en las obediencias (talleres) donde trabajan. Cada uno tiene así su soledad propia en el seno de un monasterio que a su vez es solitario.

A todos, los Estatutos recuerdan que la celda es un lugar privilegiado para la unión con Dios: “El empeño y propósito nuestros son principalmente dedicarnos al silencio y soledad de la celda. Ésta es, pues, la tierra santa y el lugar donde el Señor y su siervo conversan a menudo como entre amigos; donde el alma fiel se une frecuentemente a la Palabra de Dios y la esposa vive en compañía del Esposo; donde se unen lo terreno y lo celestial, lo humano y lo divino”.⁷ Las obediencias de trabajo también están separadas unas de otras como las celdas y organizadas para que la soledad sea allí también protegida todo lo posible. Así, la soledad se adecúa a la situación de cada uno.

Los Padres del desierto han celebrado ampliamente los beneficios de la fidelidad a la celda, donde el solitario se encuentra, según la imagen frecuentemente empleada por ellos y retomada por los Estatutos cartujanos, como un pez en el agua. Guillermo de Saint-Thierry escribía a los cartujos de Mont-Dieu: “La

⁶ Mt 4,1; 14,13.23; 27,46; Mc 1,35; 6,31; Lc 5,15; 6,12; cf. Costumbres de Cartuja 80,10.

⁷ Estatutos de la Orden Cartujana 4,1.

celda no debe ser, en ningún caso, un lugar de reclusión forzada sino una morada de paz. La puerta cerrada no significa escondite, sino retiro. Aquel que tiene a Dios por compañero nunca está menos solo que cuando está solo. Pues entonces puede gozar libremente de su alegría; entonces dispone de sí mismo para gozar de Dios en sí y de sí mismo en Dios”.⁸

EL SILENCIO

Silencio y soledad van a la par, pues el primero protege la soledad interior y favorece el recogimiento. “sólo el que escucha en silencio percibe el susurro de la suave brisa que manifiesta al Señor”.⁹

Los cartujos son hermanos que viven uno al lado del otro en el silencio, respetando mutuamente su coloquio interior con Dios. Grande es la virtud del silencio. “Aunque al principio nos resulte duro callar, gradualmente, si somos fieles, nuestro mismo silencio irá creando en nosotros una atracción hacia un silencio cada vez mayor”.¹⁰ El encuentro del alma con Dios se lleva a cabo más allá de todo discurso, en un simple intercambio de miradas: lenguaje de amor que no es otro que el lenguaje de la eternidad.

“Reconoceremos entonces, sin riesgo de equivocación, la calidad de la palabra divina, cuando nos consagramos, durante las horas en que no debemos hablar, a un silencio libre de preocupaciones, acompañados por un ardiente recuerdo de Dios”.¹¹ Hay, en efecto, un silencio interior más arduo que la ausencia de palabras. Consiste en rechazar los pensamientos vagabundos que penetran en el corazón por la imaginación. Los Padres del desierto ponían a sus discípulos en guardia contra ellos, y buscaban por encima de todo, la pureza del corazón, es decir, el amor a Dios preferido ante todas las cosas. Como decía uno de ellos, san Juan Casiano: “La pureza de corazón será el fin único de nuestras acciones y de nuestros deseos. Por ella es por lo que debemos abrazar la soledad. [...] Conviene, por consiguiente, supeditar las cosas que están en un plano secundario, como, por ejemplo, los ayunos, vigiliias, retiros y meditación de las Escrituras, a nuestro fin principal, esto es, a la pureza de corazón, que es la caridad”.¹²

⁸ Carta de Oro, nº 29-30

⁹ Estatutos 14,1

¹⁰ Ibidem.

¹¹ Diadoco de Fótice, en “La filocalia de la oración de Jesús”; ed. Sígueme, Salamanca 1994, pág.67, nº 11

¹² Conferencias de Casiano, I, parte 7.

2. UNA VIDA FRATERNA

HERMANOS EN CRISTO

El fin de toda vida monástica es la perfección del amor de Dios¹³. Pero Cristo nos ha enseñado que no se puede separar el amor de Dios y el amor del prójimo; se intensifican el uno con el otro. Toda vida cristiana, y también entonces la vida cartujana, comporta una dimensión fraterna. ¿No ha dicho Jesús durante la Última Cena: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros”?¹⁴

El apóstol san Juan, dirigiéndose a las primeras comunidades cristianas, se hace eco de las palabras de su Maestro: “Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. [...] Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. [...] A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. [...] Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él. [...] Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano”.¹⁵

Como ya se ha dicho, los cartujos forman una familia; son solitarios que viven como hermanos unidos en torno a Cristo presente en medio de ellos. Soledad y vida fraterna se equilibran mutuamente, una soledad que no se aísla ni repliega sobre sí, sino deseo de Dios y comunión de los santos; una vida comunitaria que no es ni dispersión ni búsqueda de compensaciones afectivas, sino seguimiento, si es necesario hasta la cruz, de las exigencias del amor.

En la vida concreta del cartujo, no faltan las ocasiones para poner por obra la caridad fraterna, aunque solo sea por una simple sonrisa al encontrarse con un hermano con el que no puede romper el silencio. En otros momentos, la caridad puede revelarse más difícil, pues el verdadero amor exige a menudo la renuncia a sí mismo: “Cuando no estemos de acuerdo con otro, sepamos escucharlo, procurando comprender su mentalidad, a fin de que todo sirva para estrechar

¹³ Estatutos 1,4

¹⁴ Jn 13, 34-35

¹⁵ 1 Jn 4, 7-8. 12. 16. 21.

más el vínculo de la caridad. [...] ciertamente nos compete en grado máximo a nosotros, que moramos en la Casa de Dios, dar testimonio de la caridad que de Dios procede, cuando recibimos amablemente a los hermanos que conviven con nosotros, y nos preocupamos por abrazar con mente y corazón el carácter y los modales de ellos, por más distintos que sean de los nuestros”.¹⁶

En el seno de una verdadera soledad, el cartujo conoce la alegría de estar unido a unos hermanos por los lazos de un afecto recíproco; ¡también gusta él de cantar con el salmista: “Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos”!¹⁷

3. UNA VIDA ASCÉTICA

El monje “*no podrá entrar en este reposo sin haberse ejercitado en el esfuerzo de un duro combate, ya sea por las austeridades en las que se mantiene por familiarizarse con la cruz, ya por las visitas del Señor mediante las cuales es probado como el oro en el crisol. [...] hay que andar mucho por caminos de aridez y sequedad antes de llegar a los manantiales de las aguas y a la tierra de promisión*”.¹⁸ Para que el monje pueda llegar a la unión íntima con Dios, su corazón y su espíritu deben ser purificados en el crisol de la ascesis.

PRUEBAS ESPIRITUALES

Incluso si no podemos hacer más que evocarlas, se presentan sobre todo y de manera eminente las pruebas interiores, espirituales, que Dios reserva y proporciona a cada alma en particular. El monje, por su profesión, se ha entregado a ellas confiando su vida totalmente en las manos de Dios. Por otra parte, el retiro del mundo y la ausencia de ministerio pueden conducir a una vida de fe muy despojada, exenta de todo consuelo sensible en cuanto a sus frutos; a veces incluso estas condiciones de existencia sumergen en aflicciones muy delicadas de sostener en otras circunstancias. Pero el solitario sabe también reconocer que toda dificultad es don de la gracia y una invitación al amor.

¹⁶ Estatutos 22,13 y 33,4

¹⁷ Salmo 132

¹⁸ Estatutos 3,2 y 4,1

El don de sí hecho en el momento de la Profesión debe ser renovado bastante a menudo y vivido durante la vida entera. Esto supone una generosidad tanto mayor, cuanto que el cartujo no tiene nunca el consuelo de constatar la eficacia de sus oraciones y de sus sacrificios. Día tras día durante años, debe perseverar con constancia en su vida de fe, en un estado de despojamiento espiritual austero para el entendimiento y la sensibilidad.¹⁹

AUSTERIDADES

Las diversas observancias previstas por la regla son asumidas por lo general sin demasiadas dificultades. No dejan de representar por eso, llegado el caso, una prueba real, ofrenda de toda una vida.

La interrupción del sueño puede ser sinónimo de molestia, fatiga o insomnio. Hacer una sola verdadera comida al día (contando con solo un poco de pan a la tarde) durante “la gran *cuaresma monástica*” desde la fiesta de la Santa Cruz (14 septiembre) hasta Pascua, abstenerse de laticinios durante el Adviento y la cuaresma, contentarse con pan y agua un día a la semana, no comer nunca carne ni tomar desayuno²⁰, tal es el régimen al que se somete el cartujo para marchar más alegremente por el camino trazado por Cristo.

Las otras condiciones de vida –clima, vivienda, vestido, calefacción...– son igualmente bastante molestas o rudimentarias. Las celdas, en las que solo el *cubiculum* es verdaderamente habitable, no ofrecen por más horizonte, fuera de un pedazo de cielo, el muro sin ventanas de la celda vecina... Lejos de las criaturas, debe dirigir su mirada hacia el Creador.

La soledad, la *bienaventurada soledad*, puede ciertos días ser muy dolorosa: en la ausencia de toda escapatoria por muy noble que sea (de diversiones, habría dicho Pascal), el monje es dejado frente a sí mismo en una pobreza y una desnudez a menudo radicales. Pues al fin y al cabo no es tanto el entorno o la regla lo que supone en sí una prueba, sino que más bien la revelan: cada uno tiene sus propios vacíos²¹ y sus propias miserias.

¹⁹ Todo este párrafo está tomado de la 10ª edición de “*La Grande Chartreuse*”, par Un Chartreux; 1964; pág. 232

²⁰ Sin embargo, los Hermanos Conversos que tienen un trabajo pesado pueden tomar desayuno. En cuanto a la abstinencia de carnes, siempre ha sido estrictamente observada, hasta el punto que quebrantarla ha significado durante siglos, la expulsión de la Orden. Se sabe que san Hugo d’Avallon no se consideró dispensado de ella cuando dejó la celda cartujana por la sede episcopal de Lincoln.

²¹ Da la impresión que el término francés *déserts* quisiera jugar aquí con los 2 significados: *desierto* y *vacío* (N. del T.)

ASCESIS DEL ESPÍRITU

Vivir en la soledad a la búsqueda de sólo Dios no aporta demasiadas satisfacciones para la naturaleza humana; antes bien pide, por el contrario, un gran despojamiento para el espíritu y el corazón.

El monje renuncia a todo lo que haría vana la clausura exterior del monasterio: evita las visitas de los parientes y amigos (la regla prevé sin embargo dos días cada año para los parientes más próximos); salvo necesidad, se abstiene de conversaciones, por carta o por teléfono, con las personas del exterior; no lee libros profanos, y menos todavía periódicos y revistas que podrían turbar su silencio interior. Los Estatutos de la Orden de los cartujos, en su más reciente edición, prohíben explícitamente la presencia de aparatos de radio y televisión en los monasterios.²²

VIRTUDES EVANGÉLICAS

Así, un poco a contracorriente de una sociedad en la que reina la tríada tener-saber-poder, el cartujo retoma el camino de las virtudes evangélicas, que no es otra cosa que la ascesis, aunque empleando otras palabras. Humildad, pobreza, castidad, obediencia, paciencia, templanza, pero más que todo caridad, todo ello es lo que, con el paso del tiempo aprende o vuelve a aprender en la escuela del Espíritu Santo.

Entre todas estas virtudes, conviene subrayar el puesto privilegiado de la obediencia. Según la palabra de una gran figura del desierto: “nosotros preferimos con mucho la obediencia a la ascesis, pues la ascesis es maestra del orgullo, pero la obediencia es mensajera de la humildad”.²³ En efecto, más todavía que las diferentes prácticas de penitencia, la obediencia es para el monje la traducción en la vida cotidiana del renunciamiento a su voluntad propia. Ciertamente todo religioso hace voto de obediencia, pero el monje solitario debe ser particularmente fiel a este compromiso, pues para él es muy grande el riesgo de hacer de sí su propio maestro y, por consiguiente, acabar esclavo de sí mismo. Por mediación del prior, testigo y garante de la obra del Espíritu en los que le han sido confiados, se abrirá y se ofrecerá dócilmente a la acción del Espíritu.

²² Cf. Estatutos 28.9.

²³ Apotegma de Santa Sinclética, nº 16

La ascesis sería de muy poca utilidad si no atravesara ni librara un espacio abierto hacia un encuentro, si no lograra llegar al hombre nuevo, recreado según Dios.

El cartujo sabe que él no “poseerá” a Dios en una oración continua si no se deja primero desposeer por él, quedando cada vez más despojado de todo, desligado de todo. Pobre por Dios, es ahora rico de Dios. Liberado por Dios, viene a ser libre para él y en él.

SABIDURÍA Y MODERACIÓN

En materia de ascesis, la regla de los cartujos hace prueba de una gran sabiduría. Por una parte ella prevé que se puedan conceder las dispensas necesarias cuando un monje se da cuenta de que una u otra observancia supera sus fuerzas y retarda su impulso hacia el Señor en lugar de sostenerlo. Por otra parte –y ello merece ser subrayado- esta regla prohíbe toda mortificación suplementaria que se hiciera de espaldas al prior o sin su aprobación.

Caracterizada por la sabiduría y la moderación, la ascesis cartujana sabe burlar las trampas y los excesos que arruinarían la virtud: encerrar en la complacencia en sí mismo o hacer desesperar a aquel que no pudiera cumplirla. La ascesis busca por el contrario liberar al monje de la tiranía del yo y de las tendencias egoístas de la naturaleza para favorecer la eclosión de un verdadero amor. Le recuerda también su fragilidad, la cual le invita a apoyarse sobre sólo Dios en una humilde confianza.

Identificación por amor a Jesús crucificado, la ascesis es igualmente participación en Cristo resucitado por el poder del Espíritu Santo. Pues sólo el Espíritu tiene el poder de dar la vida. Es él, y sólo él, quien purifica la libertad, quien recrea al hombre a imagen del Hijo, para hacer de él un hombre de deseos, completamente habitado, transfigurado y abrazado por el Dios de Amor.

4. UNA VIDA CONTEMPLATIVA.

PALABRAS DE SAN BRUNO.

“Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ame, sólo lo conocen quienes lo han experimentado.

“Aquí pueden los hombres esforzados recogerse en su interior cuanto quieran, morar consigo, cultivar sin cesar los gérmenes de las virtudes y alimentarse felizmente de los frutos del paraíso. Aquí se adquiere aquel ojo limpio, cuya serena mirada hierde de amores al Esposo y cuya limpieza y puridad permite ver a Dios. Aquí se vive un ocio activo, se reposa en una sosegada actividad. Aquí concede Dios a sus atletas, por el esfuerzo del combate, la ansiada recompensa: la paz que el mundo ignora y el gozo en el Espíritu Santo.

“¿Qué hay tan justo y tan útil, qué hay tan innato y conforme con la naturaleza humana como amar el bien? ¿Y qué mayor bien que Dios? Más aún, ¿existe algún otro bien fuera de Dios? Así, pues, el alma santa con alguna experiencia del atractivo, esplendor y hermosura incomparable de tal bien, arde en la llama del amor y exclama: "Siento sed del Dios fuerte y vivo, ¿cuándo iré a ver el rostro del Señor?"²⁴

Así se expresaba Bruno, el primer cartujo. Palabras resplandecientes que, para todos los que le tienen por padre, trazan e iluminan el camino de la contemplación; pero también palabras decepcionantes en tanto que no abren sino a un misterio insondable e inefable. Lo que se pide es caminar, siempre más lejos, siempre más alto, siempre más profundo.

TRANSFORMACIÓN DEL HOMBRE.

Plantado en tierra cartujana, el hombre, humilde semilla, pesadez más que gracia, sombra más que luz, cuando no es más que dura roca, o seca, sepulcro blanqueado, se ve poco a poco recreado, restaurado en la imagen y semejanza de su Creador y Salvador. No solamente sanación, purificación, para llegar, en la verdad, al estado de Hombre perfecto, a la plenitud de la estatura de Cristo; no solamente muerte y resurrección, holocausto de plegaria, eucaristía, para que el mundo tenga vida; sino más todavía espiritualización, divinización, en lo íntimo del alma y del cuerpo, para ser ofrecido, en la pura gratuidad, a la sola inmensidad del amor.

Frente a una tal desmesura, ¿cómo no volver a escuchar las palabras de Aquella que, vista su humildad, recibió la primera el anuncio: “*cómo será eso*”?²⁵ Humildad del hecho de que nada humano es proporcionado a este don, por

²⁴ San Bruno, Carta a Raúl le Verd, 6 y 16.

²⁵ Cf. Lc 1, 34

supuesto para conquistarlo, pero tampoco para acogerlo. “Tesoro en un vaso de barro”.²⁶

El secreto de la contemplación, ¿no es ante todo encontrarse y aceptar nuestra pobreza, después de abandonarnos en las manos de nuestro Padre? Pues todo es de Él y para Él; nuestra única obra es creer²⁷, confiar en su ternura sin medida, hacernos disponibles para que Él realice en nuestro ser más íntimo su designio de amor. Solamente espera que nuestro corazón se vacíe de todo lo que no es Él para inundarlo con los torrentes de su vida divina.

CRISTO

Cristo es “el camino, la verdad y la vida”.²⁸ Nadie va al Padre sin pasar por él, pues “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el cual debemos salvarnos”.²⁹ En efecto la Palabra que ha desplegado los cielos se ha como metido en la carne de un pueblo hasta hacerse carne ella misma, para habitar entre nosotros. “Lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que nuestras manos tocaron acerca del Verbo de vida, os lo anunciamos”.³⁰ El Hijo en su carne nos revela al Padre y hace de nosotros hijos.

“Tú lo has escondido a los sabios y a entendidos y lo has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues así te ha parecido bien”.³¹

Cuanto más estamos unidos a Cristo, por virtud de los sacramentos y por la fidelidad a la oración, más nos penetramos por Él, con Él y en Él, en la intimidad del Padre.

ESCUCHA EN EL SILENCIO

Para disponerse a un tal encuentro, nada más importante que permanecer a la escucha. Hacer silencio a la escucha del silencio, para percibir, en el corazón del silencio, la voz del Amado.

“Dios ha conducido a su siervo a la soledad para hablarle al corazón; pero sólo

²⁶ 2 Co 4,7

²⁷ Jn 6, 29

²⁸ Jn 14, 6

²⁹ He 4,12

³⁰ 1 Jn 1,1

³¹ Mt 11, 25-26

el que escucha en silencio percibe el susurro de la suave brisa que manifiesta al Señor. Entretanto, vaya acostumbrándose a la tranquila escucha del corazón, que deje entrar a Dios por todas sus puertas y sendas. Así, purificado por la paciencia, consolado y robustecido por la asidua meditación de las Escrituras, e introducido en lo profundo de su corazón por la gracia del Espíritu, podrá ya no sólo servir a Dios, sino también unirse a Él”.³²

Misterio de escucha, misterio de fe, misterio del Espíritu. Él, que conduce a Jesús al desierto, y bajo cuya acción se estremecía de alegría; Él, por quien el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, y que viene en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos orar como conviene, nos enseña a exclamar: “¡Abba! ¡Padre³³!”

Purificado, vivificado, fortificado por el amor de Cristo, amado, conducido por el soplo del Espíritu, abrazado por el deseo del Padre... el monje solitario entra en comunión con el Dios tres veces Santo; participa de los intercambios inefables de conocimiento y de amor que son la vida de las Personas divinas en la Trinidad. Toda su existencia no es sino maravillarse ante la belleza del Dios infinito, inmutable y trascendente. Todo él es fascinado, deslumbrado, extasiado en la inmensidad del amor.

SIMPLICIDAD

Desear, contemplar, acercarse al Dios tres veces santo, eterno e insondable requiere una perseverancia a toda prueba, que no exime de ninguna manera, de invocar, según se debe, al Señor de toda ternura y de misericordia. Pero, para vivir con el tiempo una existencia fundada sobre la sola contemplación, es necesario que esta vida esté marcada por una gran simplicidad.

Lejos de las complicaciones, de la multiplicidad y de la dispersión, el solitario se agarra firmemente a “lo único necesario”.³⁴ Aplicándose tranquilamente al deber de cada instante, ordena todas las cosas, con equilibrio y armonía, a la unión con Dios. La alternancia de la vida solitaria en la celda y los encuentros comunitarios, de la oración y de la liturgia, del estudio y del trabajo manual, lo mismo que la diferencia entre la sobria cotidianidad y la alegría de los días de fiesta, lejos de ser fuente de dispersión, hacen de la vida cartujana un conjunto

³² Estatutos 14,1; 4,2; 3,2

³³ Mt 4, 1; Lc 10, 21; Rom 8, 26. 14

³⁴ Lc 10, 42

sabiamente construido, donde cada elemento recibe plena fuerza y verdadero valor de la totalidad.

Con un corazón simple y un espíritu purificado, el monje se esfuerza por fijar en Dios sus pensamientos y afectos, a fin de llegar a ser un templo habitado por la Majestad divina, a la cual todo es consagrado con amor.

Semejante exhortación se traduce en la vida concreta por algunos consejos prácticos, como los dados por el cartujo Lanspergio: “Permanece asiduamente en tu santuario interior. No te des a nada con exceso, conténtate con el simple uso de las cosas presentes de las que tienes que ocuparte por necesidad, sin apegar a ellas tu corazón. Remite a Dios constantemente todo acontecimiento, triste o alegre, permanece sin multiplicidad, a fin de que Dios también te esté siempre presente. No vagabundeas de acá para allá. Vuelve sin cesar a la soledad, a la conversación interior. Aquél a quien tú buscas sea tu pensamiento continuo, y sea lo que te toque sufrir, continúa tu camino. Vuelve así siempre al interior donde está presente la Verdad misma. Nunca llegarás a ello en la agitación sin consistencia de las palabras. Guarda entonces el silencio, permanece en la paz, soporta todo, ten confianza en Dios, haz lo que buenamente puedas, y pronto recibirás una maravillosa luz para conocer los caminos tan perfectos de la vida interior”.³⁵

En la celda, dicen los Estatutos, “toda nuestra actividad nazca siempre de la fuente interior, a ejemplo de Cristo, que siempre actúa con el Padre, de modo que el mismo Padre haga las obras permaneciendo en Él. Así seguiremos a Cristo en su vida humilde y oculta de Nazaret, tanto cuando oramos a Dios en lo secreto, como cuando trabajamos por obediencia en su presencia”.³⁶

PAZ Y ALEGRÍA

Consagrar toda su vida a Dios en la contemplación en el desierto es fuente de paz y de alegría siempre nuevas. Tal fue la experiencia de San Bruno quien, según el testimonio de sus hijos, *tenía siempre el rostro sonriente*.³⁷ En su carta a la comunidad de Cartuja, abre su alma desbordante de alegría e invita a sus hermanos a unirse a su canto de júbilo:

³⁵ *Speculum christianae perfectionis*, cap. 30, en *Opera Omnia*, IV, 300

³⁶ Estatutos de la Orden de los Cartujos 5,7

³⁷ *Título fúnebre* de la cartuja de Calabria

“Me alegro en verdad y me siento movido a alabar y dar gracias al Señor, [...] Alegraos, pues, mis carísimos hermanos, por vuestra feliz suerte y por las abundantes gracias que la mano del Señor ha derramado sobre vosotros. Alegraos de haber escapado de los muchos peligros y naufragios del tempestuoso mar del siglo. Alegraos de haber alcanzado el reposo tranquilo y seguro del más resguardado puerto”.³⁸

Guigo, por su parte, escribe a un amigo:

“Es verdaderamente dichoso aquel que escoge vivir humilde y pobre en el desierto, quien ama meditar con aplicación en el reposo, y desea permanecer sentado solitario en el silencio... La vida pobre y solitaria, austera en sus comienzos, fácil en su curso, llega a ser celeste en su término”.³⁹

Aquellos a quienes les es dado encontrar cartujos quedan generalmente impresionados por esta nota característica de la vida cartujana. Así un peregrino de la Gran Cartuja escribe en 1785: “Todo me ha causado un placer profundo y sosegado. Las agitaciones humanas no suben aquí. Lo que no olvidaré nunca es la alegría celestial que está visiblemente dibujado en el rostro de estos religiosos. El mundo no tiene idea de esta paz... Se siente, pero no se puede definir esta paz que te envuelve”.⁴⁰

Dos siglos más tarde, le hacen eco las palabras del papa Juan Pablo II, durante su visita a la cartuja de Calabria: “Sobre vuestros rostros, se dice, se lee la paz y la alegría del Espíritu, esta recompensa que Dios concede a quien lo ha abandonado todo para vivir de Él y cantar su alabanza para la eternidad... En la paz y el silencio del monasterio, se encuentra la alegría de alabar a Dios, de vivir en Él, de Él y para Él”.⁴¹

EL REPOSO CONTEMPLATIVO

El reposo, tan codiciado por Bruno y Guigo, está tan lejos del letargo y de la relajación como la vida contemplativa lo está de la facilidad y de la inercia. *Hesychia* para los griegos, *quies* para los latinos, el reposo contemplativo es

³⁸ Carta a la comunidad de Cartuja, 1 y 2

³⁹ Carta sobre la vida solitaria, 2. Sources chrétiennes, nº 58, p. 143.

⁴⁰ DUCIS, Carta a Deleyre.

⁴¹ Discurso de Juan Pablo II en Serra San Bruno, 5 octubre 1984

como la consigna de todos los buscadores de Dios desde los Padres del desierto hasta los monjes de todos los tiempos.

Esta quietud es a la vez condición y resultado de la unión con Dios por la contemplación: rechazo de los pensamientos vagabundos y de las fantasías, ausencia de cuidados y preocupaciones... serenidad, tranquilidad interior, paz del corazón... esta paz de la que Cristo resucitado estaba invadido y que él ha dejado a sus amigos⁴².

De un maestro espiritual del siglo XI ha llegado el siguiente testimonio: “Hay varios tipos de contemplación en la que el alma piadosa se deleita en ti, oh Cristo. Pero en ninguno de ellos mi alma se regocija tanto como en la que, dejando todas las cosas, lleva hacia ti, sólo Dios, la mirada simple de un corazón puro. Oh paz, oh reposo, oh gozo que gusta entonces el alma dedicada a ti... Cuando medita y te da gloria, el tumulto de sus pensamientos cesa, todo se calla, todo es tranquilo: el corazón está ardiente, el espíritu en la alegría, la memoria vigilante, la inteligencia luminosa, y todo el espíritu inflamado por el deseo de la visión de tu belleza se ve arrebatado en el amor de las realidades invisibles”.⁴³

La *quies* es el coronamiento del esfuerzo del monje que trata de vivir en la fidelidad su búsqueda de Dios. Entonces “el alma del monje, en la soledad, será como un lago tranquilo cuyas aguas, brotando de la fuente purísima del espíritu, y no turbadas por rumor alguno introducido desde el exterior, como un nítido espejo reproduzcan la sola imagen de Cristo”.⁴⁴

5. UNA VIDA EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA Y DEL MUNDO.

SOLIDARIDAD

“Al abrazar la vida oculta, no abandonamos a la familia humana [...] Si realmente estamos unidos a Dios, no nos encerramos en nosotros mismos, sino que, por el contrario, nuestra mente se abre y nuestro corazón se dilata, de tal forma que pueda abarcar al universo entero [...] Separados de todos, nos unimos

⁴² Jn 14, 27; 20, 19

⁴³ *Confessio theologica*, en *Un Maître de la vie spirituelle au XI^e siècle*, Juan de Fecamp, Paris, Vrin, 1946, p. 182.

⁴⁴ *Estatutos de la Orden de los cartujos* 13,15 – Basilio de Ancira, De Virginitate, PG 30, 765

a todos para, en nombre de todos, permanecer en la presencia del Dios vivo”.⁴⁵

Todo en la vida del solitario contemplativo habla de unión, de unidad, de comunión. No ha escogido la soledad por sí misma, sino porque veía en ella un excelente medio para sí, para llegar a una más grande unión con Dios y con todos los hombres: Dios y los hijos de Dios.

El monje se deja invadir por el amor de Dios que se ha manifestado en Cristo Jesús y que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Este amor por la humanidad entera, le lleva a su centro vital, a lo más íntimo de su alma, allí donde cada uno está solo ante Dios. Es entrando en la profundidad de su corazón como el cartujo solitario se hace, en Cristo, presente a todo hombre, y principalmente a los pequeños y a los humildes, a los pobres y a los desdichados. “Nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo”.⁴⁶

ADORACIÓN Y ALABANZA

“Los Institutos destinados por entero a la contemplación, o sea, aquellos cuyos miembros se dedican solamente a Dios en la soledad y silencio, en la oración asidua y generosa penitencia, ocupan siempre, aun cuando apremien las necesidades de un apostolado activo, un lugar eminente en el Cuerpo Místico de Cristo, en el que no todos los miembros tienen la misma función”.⁴⁷

Los contemplativos están en el corazón de la Iglesia; ellos cumplen una función esencial de la comunidad eclesial: la glorificación de Dios. El cartujo se retira al desierto ante todo para adorar a Dios, alabarle, admirarle, dejarse seducir por él, entregarse a él, en nombre de todos los hombres. Su vocación es la de cantar la alabanza en la Iglesia de hoy, esperando hacerlo con la multitud de los elegidos en presencia de Dios en la eternidad.

En su admiración no cesa de amar, y en su amor no deja de admirar, de suerte que por su admiración el amor arde con un ardor que nada podría apagar, y en el seno de su amor, la admiración está llena de un dulce y fuerte fervor.

⁴⁵ *Estatutos de la Orden de los cartujos* 34, 1 y 2

⁴⁶ Rm 12, 5; 1 Co 12, 26

⁴⁷ Concilio Vaticano II; *Decreto sobre la renovación de la vida religiosa (Perfectae caritatis)*, 7

INTERCESIÓN

“Puesto que somos miembros los unos de los otros, conviene que en la oración sobrellevemos las cargas de nuestros hermanos los hombres, y ante todo que intercedamos”.⁴⁸

Desde siempre la Iglesia reconoce que los monjes consagrados a la sola contemplación desempeñan una función de intercesión. Cada día, en todos los oficios litúrgicos y durante la celebración de la Eucaristía, oran por todos los vivos y difuntos. Por Cristo, “que está a la derecha de Dios, siempre vivo para interceder en favor de los hombres”⁴⁹, llevan ante Dios las aspiraciones y los problemas del mundo, así como las grandes intenciones y las preocupaciones de la Iglesia entera.

Dirigiéndose a los cartujos de Calabria, el Papa Juan Pablo II les confió de nuevo este ministerio de la oración: “Vosotros estáis llamados a ser lámparas que iluminan la ruta sobre la cual caminan tantos hermanos y hermanas por el mundo. Sabed siempre ayudar a aquel que tiene necesidad de vuestra oración y de vuestra serenidad. Incluso si vosotros habéis tenido la suerte de abrazar con María, la hermana de Marta ‘la mejor parte que no le será quitada’, no sois extraños a la condición de los hermanos que llaman a la puerta de vuestra soledad. Ellos os traen sus problemas, sus sufrimientos, sus dificultades que acompañan esta vida; respetando siempre las exigencias de vuestra vida contemplativa, dadles la alegría de Dios, asegurándoles que oráis por ellos, que ofrecéis vuestra ascesis para que, ellos también, saquen fuerza y valor de la fuente de la vida, es decir, Cristo. Ellos os ofrecen la inquietud de la humanidad; vosotros, haceldes descubrir que Dios es la fuente de la verdadera paz”.⁵⁰

TESTIMONIO

“Consagrándonos exclusivamente a Dios, cumplimos una misión en la Iglesia [...] Tendiendo por nuestra Profesión únicamente a Aquel que es, damos testimonio ante un mundo demasiado implicado en las cosas terrenas, de que fuera de Él no hay Dios”.⁵¹

⁴⁸ Estatutos 65

⁴⁹ Rom 8, 34; Hebr 7, 25

⁵⁰ Juan Pablo II a la cartuja de Serra San Bruno, 5 octubre 1984

⁵¹ Estatutos 34,1 & 3

Los hombres de hoy sienten, más o menos conscientemente, en su corazón un deseo de Absoluto; y en cierta manera tienen necesidad del ejemplo de los contemplativos. Para el solitario, ser portador de tal testimonio no se realiza ni por la palabra, ni por un contacto personal. El mismo Juan Pablo II se lo ha recordado a los cartujos: “Lo importante no es lo que hacéis, sino más bien lo que sois”.⁵² Por su sola presencia, el monje testimonia que Dios existe y que él es más grande que todo, pues “todo es de él, por él y para él”.⁵³

San Bruno estaba convencido que su oración contemplativa era el mejor servicio que podía ofrecer a la Iglesia y al mundo; el papa Urbano II lo aprobó dejándole marchar de nuevo a la soledad después de haberlo llamado a su lado. Guigo afirmaba por su parte que, “si los cartujos se encontraran impedidos de cumplir su función, otros tendrían que asumirla en su lugar”.⁵⁴ En nuestra época, en la que uno se entrega quizás demasiado fácilmente a la acción, la vida eremítica es a veces mal comprendida o subestimada; el Concilio Vaticano II reconoce por el contrario que los religiosos contemplativos, que “ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza, ilustran al Pueblo de Dios con frutos ubérrimos de santidad y le edifican con su ejemplo e incluso contribuyen a su desarrollo con una misteriosa fecundidad”.⁵⁵

Traducido del francés
por un Cartujo
Noviembre 2012

⁵² Juan Pablo II al Rev. Padre Dom André Poisson, 14 mayo 1984

⁵³ Rom 11, 35

⁵⁴ Costumbres de Cartuja.

⁵⁵ Concilio Vaticano II; *Decreto sobre la renovación de la vida religiosa (Perfectae caritatis)*, 7

